



S. HERMENEGILDO. M.

falta de crianza, cierta groseria natural; aquella desigualdad de humor, aquella falta de agrado, aquella sobra de delicadeza, víctimas son que se pueden y deben degollar. Determina desde luego á cual de ellas has de aplicar el cuchillo, dando hoy á tu Dios esta prueba de tu amor y de tu zelo. Un espejillo, un adorno de la celda, un mueble, una alhajueta demasíadamente curiosa darán bien que llorar á la hora de la muerte á muchas almas religiosas, que á poca costa pudiesen hacer un gran mérito para con Dios, privándose de ellas en vida.

DIA XIII.

MARTIROLOGIO.

SAN HERMENEGILDO, hijo de Leovigildo, rey de los Visogodos, arriano, en Sevilla en España, el cual habiendo sido encarcelado por confesar la fe católica, como en la fiesta de Pascua no quisiese recibir la comunión de mano de un obispo arriano, por mandato de su inhumano padre fué herido en la cabeza con una hacha, y en vez del reino de la tierra, le fué dado entrar rey y mártir en el del cielo. (*Véase su vida en este día.*)

EL TRANSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES CARPO, obispo de Thiatira, PAPILO, diácono, y AGATÓNICA su hermana, mujer de grandes prendas, y AGATODORO, su criado, y otros muchos, en Pérgamo en el Asia, los cuales despues de haber sido atormentados de varias maneras, por confesar gloriosamente á Jesucristo, alcanzaron la corona del martirio durante la persecucion de Marco Antonino Vero y Lucio Aurelio Cómodo.

SAN JUSTINO, el Filósofo, en Roma, padeció tambien en la misma persecucion: este insigne varon habiendo presentado á los mismos emperadores la segunda apología que escribió de la religion católica, y defendidola en presencia de ellos acérrimamente, por fraude de Crescente, filósofo cinico, cuya vida y abominables costumbres habia reprendido, fué acusado de que era cristiano, y en premio de su defensa recibió la corona del martirio.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS MÁXIMO, QUINTILIANO Y DADAS, en la persecucion de Diocleciano, en el mismo día.

SAN URSO, obispo y confesor, en Ravena.

SAN HERMENEGILDO, MÁRTIR.

MUERTO Liuva, rey de los Visogodos, el año 571, su hermano Leovigildo, á quien habia asociado á la corona, viéndose ya único dueño de casi toda España, y de aquella parte de la provincia Narbonense, que estaba sujeta al dominio de su nacion,

resolvió hacer hereditaria en su familia la corona que hasta aquel tiempo había sido electiva. Mandó, pues, reconocer por sucesores suyos á sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo, y él mismo los puso en posesion de una parte de sus estados; á Hermenegildo consigné la Andalucía; y á Recaredo señaló el reino de Aragon con todas las provincias Celtiberas.

Era Hermenegildo el príncipe mas cabal que se conocia en su tiempo; de talle majestuoso, de aire noble y desembarazado, de entendimiento vivo y penetrante; dotado de una prudencia, de un valor y de unos modales tan atentos y cortesanos, que en medio de una nacion bárbara le hacian dueño de todos los corazones. Tuvo la desgracia de ser arriano, como toda la casa real, aunque era sobrino de S. Leandro y de S. Isidoro, arzobispos de Sevilla, hermanos de la reina Teodosia, madre de nuestro Santo. Muerta esta princesa, el rey Leovigildo casó en segundas nupcias con Gosvinda, viuda de Atanagildo su predecesor; princesa tan contrahecha de entendimiento como de cuerpo, de genio maligno, acedo, violento, furiosamente colérico, y sobre todo muy encaprichada en el arrianismo.

Viendo Leovigildo debilitado el partido de los católicos con la derrota de los griegos, á quienes había echado á fuerza de armas de todas las plazas que ocupaban lo largo de la costa, dedicó toda la atencion á buscar para el príncipe Hermenegildo una esposa que asegurase con su alianza la paz que acababa de dar á sus pueblos, y afianzase la felicidad del reino con el esplendor de sus prendas personales.

Fijó su eleccion en Ingunda, hija de Sigisberto, rey de Austrasia en Francia, y de Brunequilda, y nieta por su madre de Atanagildo, y de Gosvinda, su segunda mujer; princesa no menos distinguida por su extraordinaria hermosura y por su rara virtud, que por su alto nacimiento. Era católica; y esta sola circunstancia hubiera sido bastante á romper desde luego aquel tratado, si Ingunda por su parte no se prometiera, con el auxilio de la gracia, reducir á la fe á su esposo Hermenegildo, y su suegra y abuela Gosvinda no esperára conquistar con artificio ó con violencia á su nuera Ingunda, obligándola á abrazar el partido del arrianismo.

Desposóse Hermenegildo con Ingunda el año de 579, y apenas arribó á España cuando hechizó á toda la corte. Sola Gosvinda se consumia de envidia y de dolor á vista de las nobles prendas de su nuera, y la que comenzó emulacion, acabó odio y furor desenfrenado. Con todo eso la pareció conveniente disimular por algun tiempo, y hacer todo lo posible para pervertir

la religion de su nieta. Con esta idea la hacia á los principios mil caricias, intentando arrancar la fe católica de su corazon, y trastornar su constancia; pero viendo que no la salia bien este medio, recurrió á las injurias y á las mayores violencias. No había especie de mal tratamiento que no le hiciese, hasta bañarla alguna vez en sangre con los golpes que la daba; y en cierta ocasion la arrojó de un empellon en un estanque, donde la faltó poco para ahogarse.

Sufria Ingunda esta persecucion con una paciencia, con una dulzura y con un silencio digno de la religion que profesaba; pero como el pálido color de su semblante y los cardenales de los golpes no podian ocultarse á Hermenegildo, y llegase á entender por ellos la crueldad de Gosvinda, tomó la resolucion de retirarse con la princesa su esposa á Sevilla, capital de sus estados. Aprovechóse Ingunda de esta ocasion para convertir á su marido, y trabajó tan dichosamente en esta grande obra, auxiliada de su tio S. Leandro, que al fin tuvo el consuelo de verla efectuada. Instruyó el santo prelado á Hermenegildo en las verdades católicas que ya tenía el príncipe en el corazon; y habiendo esperado á la oportunidad de cierta ausencia del rey para la ceremonia de la abjuracion y del bautismo, recibió con el sagrado crisma de la confirmacion aquel valor y aquella constancia de que se forman los héroes del cristianismo, deseando ya con vivas ansias alguna ocasion en que dar al mundo públicas y ruidosas pruebas de la firmeza de su fe.

No tardó mucho tiempo en ofrecérsele; porque habiendo llegado á noticia de Leovigildo su mudanza de religion, y que hacia pública profesion de la católica, entró en tan furiosa cólera, no dando oidos mas que á su pasion y á los violentos consejos de Gosvinda, la cual no cesaba de irritar mas y mas el fuego de la indignacion, que desde luego le despojó del título de rey que le había concedido, resuelto á despojarle igualmente de todos los bienes, y de la vida misma, si no renunciaba la religion católica que había abrazado.

Pero antes de llegar á estos extremos, le pareció conveniente tentar los medios de la suavidad, y le despachó un señor de su corte con la carta siguiente:

*Hijo mio, mas quisiera hablarte que escribirte; porque si te tuviera á la vista, ¿qué podrias negar á lo que te pidiere como padre, y te mandase como rey? Traeriate á la memoria las muchas y grandes señales que te he dado del tierno amor que te profeso, de las que sin duda te has olvidado desde que ascendiste al trono, donde te coloqué yo mucho antes que pudieses tú*

*pensar en ocuparle. Esperaba tener en ti un compañero que me ayudase á conservar el florido imperio de los godos en el estado en que se ve hoy por mis victorias; pero nunca soné pudiese llegar el caso de encontrar en la persona de un hijo mio un enemigo mas peligroso que todos los que he vencido. No te contentas con que yo haya partido contigo mi corona; quieres reinar solo; y á este fin, abandonando la religion de tus abuelos, has abrazado la de los romanos, que son los mayores enemigos del estado. No ignoras que la nacion de los godos comenzó á florecer desde que comenzó á ser arriana. Tambien sabes que ninguna cosa enajena tanto los ánimos y los corazones como la diversidad de religion, y consiguientemente que nada pudiste hacer mas ofensivo para el mio, como declararte católico. Acuérdate, pues, hijo mio, que soy tu padre, y que soy tu rey: como padre te aconsejo, y como rey te mando que vuelvas prontamente sobre tí, y restituyéndote, sin perder tiempo, á tu primera religion, merezcas con tu pronto rendimiento mi clemencia. No haciéndolo así, te declaro que me obligarás á tomar las armas; y en tal caso jamás tienes que esperar misericordia.*

Habiendo recibido Hermenegildo esta carta del rey su padre, respondió á ella con el mayor respeto: *Que sabia bien lo que debia á su padre y á su rey; pero que tampoco ignoraba lo que debia á su Dios: que esperaba desempeñar estas dos obligaciones de manera, que sin saltar al rendimiento y á la obediencia que debia al uno en lo que no se opusiese á lo que mandaba el otro, conservaria hasta la muerte la religion que habia abrazado, persuadido á que fuera de ella no podia haber salvacion: que le suplicaba no le considerase delincuente por haber renunciado la supersticion arriana luego que el Señor le abrió los ojos para conocer la verdad; que se tendria por dicho si se llase su religion con su sangre, sin que le restase ya mas que desear que la conversion de toda su nacion y de toda su familia.*

La cristiana magnanimidad de Hermenegildo irritó el ánimo suspicaz y caviloso del arriano padre. Sirvióle de pretexto la conversion de su hijo para escitar una cruel persecucion contra la Iglesia. Hizo Hermenegildo que su esposa Ingunda, y el infante su hijo, niño de pocos meses, se retirasen al Africa, para no quedar espuestos á los artificios de los arrianos, y él se mantuvo en Sevilla, creyendo ser esto bastante para su seguridad. Pero Leovigildo, despues de haber corrompido á fuerza de dinero y de estratagemas la mayor parte aun de los mismos católicos que se habian declarado por el santo rey, resolvió ir á si-

tiarle en Sevilla. Pudo defenderse Hermenegildo; pero temiendo esponer la ciudad, y respetando, por decirlo así, la sangre de sus vasallos, se retiró al campo de los romanos, no sabiendo la traicion que habian cometido, dejándose corromper con el dinero de su padre, contra la fe de los tratados. Conociólo apenas entró en su campo, y corrió á refugiarse en Córdoba; pero no teniéndose allí por seguro, tomó consigo trescientos hombres escogidos, y se encerró en la ciudad de Oseto, plaza entonces muy fuerte, cuya iglesia singularmente era muy célebre en España, y respetable aun á los mismos godos por los grandes milagros que obraba Dios en ella. Sitiaron y tomaron la plaza las tropas de Leovigildo, que perseguia furiosamente á su hijo, resuelto á quitarle la religion ó la vida.

Apurado el santo rey, viéndose ya sin otro recurso, se refugió á la iglesia. No quiso Leovigildo sacarle de ella por fuerza; y permitió que su segundo hijo Recaredo, príncipe joven que amaba tiernamente á su hermano, y era muy parecido á él en muchas de las bellas prendas que le adornaban, pasase á hablarle de su parte, asegurándole el perdon, con tal que se rindiese y sujetase á su padre. Procedia Recaredo de buena fe, y así representó á Hermenegildo que ya no se hablaba de religion, sino únicamente de pedir perdon al rey, que se daria por satisfecho con esta sola demostracion de rendimiento. Creyóle el santo mancebo: vino luego con él á arrojarle á los pies de su padre: recibióle éste con grandes demostraciones de cariño: abrazóle, hablóle con palabras blandas y amorosas, hasta que insensiblemente le fué conduciendo á su campo, donde de repente mandó que le despojasen de las insignias reales, y cargado de cadenas le llevasen prisionero al castillo ó alcázar de Sevilla. En la prision volvió segunda vez á las promesas y á las amenazas para obligarle á abrazar el arrianismo; pero hallándole siempre invencible, mandó le encerrasen en un oscuro y hediondo calabozo, destinado para los reos de delitos mas atroces, y que le tratasen con todo el rigor imaginable.

Entró el príncipe en aquel triste calabozo con mayor alegría que habia ascendido al trono. Desde aquel punto se consideró como soldado de Cristo; y se dispuso con oracion, con ayunos, y con otras penitencias para entrar en el combate, que estaba ya previendo le esperaba prontamente, en que habia de defender la divinidad de aquel Señor, á cuyos ojos habia ya comenzado á pelear dichosamente. Vistióse un áspero silicio; no usó de mas cama que de la desnuda tierra, y añadió otras mortificaciones voluntarias á los trabajos de su rigurosa prision.

Llegó la fiesta de la Pascua, y pareciéndole a Leovigildo que el rigor de los malos tratamientos habria cansado la constancia de Hermenegildo, le envió un obispo arriano para que de su mano le diese la comunión. Horrorizóse el santo príncipe al oír la proposición del insolente hereje; y revistiéndose de héroe de la religion, y de soberano, le afeó con tono imperioso y severo su impiedad, le rió su atrevimiento, y declarándole resueltamente que queria vivir y morir en la religion católica, le arrojó de su presencia, mandándole que no se volviese á poner en ella. Informado Leovigildo de la invencible firmeza de Hermenegildo, entró en una furiosa cólera, y en el mismo punto mandó á algunos soldados de su guardia que fuesen á quitarle la vida.

Ya esperaba Hermenegildo que su animosa confesion de la fe le valdria la corona del martirio, y se disponia para el sacrificio, ofreciéndose víctima de su Dios en las aras de sus ardientes deseos. Estaba de rodillas, derramando su corazon en fervorosísimas ansias, cuando entraron los bárbaros en el calabozo, y descargando sobre su real cabeza un furioso golpe de hacha, se la hendieron por el medio, quedando el santo cuerpo tendido en el suelo bañado en su misma sangre.

Al punto manifestó Dios la gloria del santo mártir, así con músicas celestiales que se oyeron por toda aquella noche al rededor del santo cuerpo, como por las celestiales luces que iluminaron toda la prision.

S. Gregorio el Grande, que dejó escrito el triunfo de su martirio, atribuye á sus méritos y á su poderosa intercesion con Dios la conversion del rey Recaredo su hermano, y de toda la nacion de los godos de España á la religion católica, que se siguió poco despues de su glorioso triunfo. Por lo que toca á Leovigildo, añade el santo pontifice, sintió vivísimamente haberse dejado llevar tanto de su furor; pero este arrepentimiento natural no llegó á convertir aquel obstinado corazon. Conoció la verdad; pero pudo mas con él la razon de estado, y el miedo de que no le despojasen del trono si mudaba de religion, y así murió en el arrianismo. Sucedió el martirio de S. Hermenegildo la noche del sábado santo 13 de abril de 586. Su santo cuerpo está en Sevilla, menos la santa cabeza, que fué llevada á Zaragoza cuando los moros se apoderaron de Andalucía. En el Escorial, y en el colegio de la Compañía de Sevilla, que tiene la advocacion del mismo S. Hermenegildo, se conservan tambien parte de sus preciosas reliquias, como en las ciudades de Avila en Castilla la Vieja, y Plasencia en la Estremadura.

*La Misa del dia es en honra del Santo, y la oracion la siguiente:*

O Dios, que enseñaste á tu despreciemos las cosas cadu-  
bienaventurado mártir Herme- cas, y aspiremos siempre á las  
negildo á que pospusiese el rei- eternas. Por nuestro Señor Je-  
no de la tierra al celestial; sucristo, etc.  
concédenos, que á su imitacion

*La Epistola es del cap. 10 de la Sabiduria.*

El Señor ha conducido al jus- mas poderosa que todo. Esta no  
to por caminos rectos, y le desamparó al justo cuando fué  
mostró el reino de Dios. Dióle vendido; sino le libró de los  
la ciencia de los santos; enri- pecadores, y bajó con él á la  
quecióle en sus trabajos, y se cisterna; y no le desamparó en  
los colmó de frutos. Asistióle la prision hasta que le puso en  
contra los que le sorprendian las manos el cetro real, y le  
con engaños, y le hizo rico. dió poder sobre los que le oprimian: convenció de mentirosos  
Le libró de los enemigos, y le á los que le deshonraron, y le  
defendió de los seductores, y dió una gloria eterna el Señor  
para que saliese vencedor, y nuestro Dios.  
conociese que la sabiduria es

#### REFLEXIONES.

Por más que la malicia de los hombres perversos intente poner estorbos á la vida del justo, siempre le guia Dios por los caminos mas derechos y mas seguros: *Justum deduxit Dominus per vias rectas*. No son capaces de detenerle los corazones mas malignos; ni el tiempo mas borrascoso sirve mas que para que camine con mayor celeridad. Si Dios es su guia, ¿qué tiene que temer? El Apóstol decia, que para los que aman á Dios, todas las cosas se convierten en bien: *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum*: todo entra en provecho á los que el mismo Señor escogió para santos. La ciencia de los santos es la ciencia de la salvacion. Concédela Dios á los que tienen razon sana y espíritu dócil. Todos los cristianos estudian en esta escuela; ¡pero qué cortos progresos se hacen en ella! No es falta del maestro, que esparce los rayos de su doctrina sobre buenos y malos, y desata el riego de su celestial sabiduria sobre justos

y pecadores; es por el poco caso que se hace de ella, y por el poco gusto con que muchos la oyen. Tiene el mundo sus discípulos: gustan de su doctrina, porque están llenos del espíritu del mundo, y porque se hacen maestros en poco tiempo. ¡Pero en qué ciencia, mi Dios! en aquella que se reduce á saber condenarse sin miedo; á saber perderse con desvergüenza y con alegría.

*Honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius.* Hace Dios al bueno mas honrado con las persecuciones, y mas rico con los trabajos, porque le asiste para que se aproveche de ellos. Vale mucho su sudor: enjuga Dios sus lágrimas, cuenta sus pasos, tiene cuidado hasta del menor de sus cabellos; mientras los pecadores se cansan en el camino de la maldad y de la perdición: *Lassati sumus in via iniquitatis et perditionis* (Sap. 5.), andando siempre por sendas ásperas y dificultosas: *Ambulavimus vias difficiles.* Digan lo que dijeren, no se van al infierno con mucho descanso. ¡Cuanto da que padecer la tiranía de las pasiones! El que se pierde, se pierde siempre á mucha costa: *vias difficiles.* Las inquietudes, las zozobras, la amargura inundan el camino por donde corren los libertinos y los impíos: *Viam autem Domini ignoravimus:* ignoran el camino del Señor, ignorando la ciencia de los santos. ¡Qué perjudicial es para ellos esta fatal ignorancia! ¡qué caro les cuesta! Posee en buen hora toda la sabiduría del mundo; sabe á la perfeccion todas las menudencias de la cortesanía, de la urbanidad, de la atencion y de la buena crianza; no ignores ápice ni primor de lo que los mundanos llaman gracias, buen gusto, brillantez, esplendor, alegría, esparcimiento y diversion; sé, por decirlo así, como el alma de todos los festines del mundo: *Quid nobis profuit?* Ciencia del mundo, error, ilusion, locura; ¿de qué le servirá á un pecador envejecido, á una persona jóven haber brillado, haber sobresalido, y haberse despues condenado? *Ergo erravimus á via veritatis, et justitia lumen non luxit nobis.* Luego erramos miserablemente el camino de la verdad: luego no rayó sobre nosotros la luz de la justicia: luego caminamos á oscuras y en tinieblas, ciegos, extravagantes, insensatos. Y esto nosotros, que tanto nos preciábamos de discretos y de entendidos: nosotros, que teníamos lástima, que mirábamos con compasion á los que iban por camino enteramente contrario. ¡O qué confesion tan desesperada! *Talia dixerunt in inferno hi qui peccaverunt.* Así discurrirán, así hablarán en el infierno aquellas mujeres profanas que ignoraron su religion, ó que afectaron ignorarla; aquellos libertinos que hacen ostencion de su impiedad y de su disolu-

cion. Mas ¡oh, qué dolorosos son los ayes cuando son inútiles, y cuando son eternos!

*El Evangelio es del cap. 14 de S. Lucas.*

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que, despues de hechos los cimien-

tos, y no pudiendo concluirlos, no digan todos los que la vién: Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? O ¿qué rey debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego, si puede presentarse con diez mil hombres, al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy léjos, le envia embajadores con proposiciones de paz: Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

#### MEDITACION.

*Del ejemplo de Cristo y de los Santos.*

PUNTO PRIMERO. — Considera que en materia de costumbres, ninguna razon persuade mejor que el buen ejemplo. Estorbos, flaqueza, edad, condicion, preocupaciones, todo se rinde á su invencible fuerza. ¿De donde nace esa desenfrenada licencia de costumbres; esa corrupcion tan generalmente estendida por todos los estados; esos vicios que inundan la tierra? Efecto es del mal ejemplo. ¿Pues por qué el buen ejemplo ha de tener menos virtud, menos eficacia sobre los entendimientos y sobre los corazones? No hay que escusarse con la delicadeza del temperamento, con la violencia de las tentaciones, con la multitud de los peligros; en vano se alegan cien razones frívolas para pretestar cada cual su cobardía: el ejemplo las deshace todas.

Los buenos ejemplos son respecto de tí, ó gran motivo para cumplir con tus obligaciones, ó mayor causa de tu condenacion si no cumples con ellas. El solo ejemplo de un Dios hombre debiera bastar para que vencieses todas las dificultades. ¿Eres pobre? Cristo lo fué. Cosa dura es ser perseguido, calumniado,

tratado con el último desprecio: ¿te atreverás á cotejar tus trabajos con los suyos? Clamas, levantas el grito contra la injusticia y contra la calumnia: ¿te tratan por ventura peor que á Jesucristo? ¡Oh, qué remedio tan soberano para muchos males es la vida del Redentor! ¡oh, y qué de quejas puede y debe ahogar aquel su silencio en el árbol de la cruz!

Pero él era Dios, y nosotros somos criaturas flacas y miserables. ¿Parécete que has dicho algo? Pues esta reflexion debe dar mayor eficacia á su ejemplo. Si un Dios padece por mis pecados ¿podré negarme yo á hacer penitencia por ellos? Si un Dios vivió en el mundo una vida oscura y abatida, ¿será razon que yo pretenda lograrla honrada, lustrosa, llena de estimacion, y brillante? Si un Dios perdonó á los que le quitaban la vida en un afrentoso madero, ¿no perdonaré yo á los que me hacen una injuria? Si un Dios creyó que le convenia padecer para entrar en su propia gloria, ¿querré yo vivir delicado, regalado, divertido, para gozar despues de la misma gloria, y entrar en la alegría del Señor? Siéntese bien, á pesar de la engañosa resistencia del amor propio, la invencible fuerza de tan soberano ejemplo. ¡O gran Dios! ¡y qué de cosas dice la vista de un Dios crucificado, especialmente á un hombre que le mira á la hora de la muerte! ¡qué vivas, aunque mudas reprensiones! ¡cuántos quedarán confundidos á vista de este divino objeto! ¡qué razon podrá oponer, qué pretexto podrá alegar el amor propio cuando se halle reconvenido con el ejemplo de un Dios crucificado!

**PUNTO SEGUNDO.** — Considera que no es solo el ejemplo de un Dios crucificado y abatido el que se te propone para arreglar tus costumbres; porque este modelo quizá podria parecer muy elevado á los cristianos cobardes. Á la vista se te presentan un monton de otros ejemplos, que ni puedes recusar, ni te hacen menos inescusable.

Pon los ojos de la consideracion en ese prodigioso número de cristianos fervorosos y perfectos de todas clases, de todas edades, de todos estados, de todas condiciones, de todos tiempos, que desempeñaron con tanta puntualidad sus obligaciones, y cumplieron con tanto zelo la voluntad del Señor. Ninguno hay que no sea una reprension animada de tu tibieza en el servicio de Dios: ninguno hay que no desvanezca tus excusas y tus frívolos pretextos: ninguno hay que no confunda tu amor propio con todos los derechos que puede alegar. ¿Eres joven, de genio alegre, de natural pronto, de complexion delicada? Sta. Inés no

tenia mas que trece años: S. Eleázaro era de un genio mas esparcido que el tuyo: acaso no habrá habido natural mas ardiente ni mas vivo que el de S. Agustín: no parece posible complexion mas delicada que la de una Sta. Teresa y un S. Luis Gonzaga. Los Fernandos, los Luises, los Enriques, las Cunegundas, los Eduardos conservaron su inocencia en medio de las delicias y de los peligros de la corte. En el estado del matrimonio llegaron á la cumbre de la perfeccion las Mónicas, las Brigidas y las Franciscas: en la humilde condicion de pastoras, de criadas, de labradores y de pobres oficiales merecieron ser objeto de nuestra admiracion y de nuestro culto las Genovefas, las Blandinas, los Isidros y los Homobonos. Ni la ciencia sirvió de estorbo á la santidad de tantos doctores, ni el esplendor de la cuna fué embarazo á la eminente virtud de tantos príncipes canonicados.

No confundió la heroica magnanimidad del animoso Hermenegildo el mal ejemplo de tantos malos cristianos. Nacido en el mismo trono, mecido en una cuna real, educado entre las delicias de una corte, heredero presuntivo de la corona, y en la flor de su edad, todo lo sacrifica por amor de Jesucristo; placeres, riquezas, honras, quietud, el mismo reino, y hasta su misma vida. Cuando se atraviesa la religion y la salvacion, todo debe sacrificarse. ¡Buen Dios! ¿qué responderán á esto tantas almas cobardes, que sacrifican su conciencia, su religion, su salvacion eterna á un vil interés, á una pasion loca y torpe, á una honra imaginaria? ¿qué excusa alegarán cuando se las proponga el ejemplo de un S. Hermenegildo, y de tantos otros santos que con mayores estorbos, y quizá con menos auxilios, se hicieron tan grandes santos, correspondiendo á la gracia con fidelidad? ¿y qué responderé yo mismo á las secretas reconveniones que me está haciendo mi propia conciencia á vista de estos ejemplos?

Nada tengo que responder, Señor; pero sí mucho que confundirme, y porque implorar vuestra clemencia, para que mi confusion y mi arrepentimiento no sean estériles y sin fruto. Yo adoro el mismo Dios que adoraron los santos; tengo la dicha de profesar la misma religion que profesaron ellos. La misma doctrina y el mismo Evangelio que sirvió de regla á sus costumbres; debe servir de regla á las mías: espero el mismo premio que ellos esperaron. Haced, Señor, que con el auxilio de vuestra gracia tenga tambien el mismo aliento, la misma perseverancia y la misma felicidad.

JACULATORIAS. — Haced, Señor, que yo me ajuste bien á aquella piedra angular de donde fui cortado. (*Isai. 51.*)

¡Oh si aviváseis siempre en mí la emulacion de los santos! (*Galat. 4.*)

### PROPOSITOS.

1 Es el ejemplo una leccion muda, pero convincente, que á un mismo tiempo demuestra la verdad del precepto, la posibilidad de su ejecucion, la debilidad de los estorbos, y el mérito de la accion. No hay cosa mas elocuente que el buen ejemplo, porque los hombres creen mas á sus ojos, que á sus oidos. Ni es fácil disminuir la impresion que hace su fuerza. El ejemplo autoriza el vicio, ó introduce la virtud. Una buena vida es instruccion eficaz para todo género de gentes. Presto se convertiria ó reformaria el mundo, si los que ocupan puestos elevados diesen buen ejemplo. Toma desde luego la resolucion de imitar los ejemplos de los buenos, y de dar tú tambien buenos ejemplos. Trae á la memoria las cristianas costumbres, el porte ejemplar y las virtudes mas visibles de aquellos sugetos ajustados y ejemplares que conoces. Muchas veces te ha edificado aquella modestia, aquella circunspeccion de tal y tal persona, aquella compostura, aquella gravedad de acciones y de palabras, aquella devocion con que se le ve en la iglesia, aquella moderacion, aquella prudencia en varios lances y ocasiones. Te hechiza la virtud, el juicio, la caridad de aquella señorita jóven, y confiesas que aquel caballero, aquel eclesiástico, el otro religioso dan grande ejemplo en el pueblo. Pues dite á tí mismo lo que se decia á sí propio S. Agustin: *Et tu non poteris quod isti et istæ?* ¿Pues qué no podré yo con la divina gracia lo que estos y estas pueden? ¿acaso intereso yo menos en mi salvacion que ellos en la suya? ¿profeso otra religion? ¿espero otro premio? Viste un acto de virtud en aquel mancebo; fuiste testigo por casualidad, de la caridad con que la otra señora principal asistia á los pobres en las cárceles y en los hospitales: pues en llegando á casa, cuenta lo que viste delante de tus hijos y en presencia de tu familia. Ya que suele haber tanta exactitud, y á veces tanto hipo por desembuchar cuanto antes los defectos del prójimo que se han visto, ó se han oido, no seas menos zeloso, ni menos puntual en referir los ejemplos de virtud que han llegado á tus ojos ó á tu noticia. No es fácil dar lecciones que sean mejor recibidas, ni mas eficaces. ¡Buen Dios, cuantas murmuraciones, ó á lo menos, cuantas conversaciones menos cristianas y menos caritativas se escusarian con la relacion de estos sucesos edificativos!

2 Pero no basta que te propongas por ejemplar las virtudes de los buenos, es menester que tú mismo te esfuerces á servir de ejemplar y de modelo. Mira si tus hijos, tus criados y tus amigos tienen motivo para edificarse mucho de tu porte; si tus hijas pueden aprender de tí modestia, compostura, devocion, desprecio de las vanidades del mundo, amor al retiro y aprecio de la religion. Mira si los que te tratan familiarmente pueden sacar de tu trato lecciones para vivir arreglados, contenidos, devotos, caritativos y ejemplares. Pocos hay, segun el pensamiento de san Pablo, que no puedan y no deban ser predicadores mudos. Los que están en mayor elevacion tienen mayor auditorio, y pueden predicar á mas. Es santa y admirable costumbre decirse cada cual á sí mismo al entrar ó salir de casa, cuando concurre con otros, ó cuando está entre su familia: Ea, que voy á predicar: mis palabras, mis acciones, mis modales, todo cuanto en mí se observare y se notare, ha de servir de sermon.

### DIA XIV.

#### MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES TIBURCIO, VALERIANO Y MÁXIMO, en Roma en la via Apia, en tiempo del emperador Alejandro y del prefecto Almaquio; los dos primeros convertidos á la fe católica por las exhortaciones de santa Cecilia, y bautizados por S. Urbano papa; y confesando á Jesucristo, fueron azotados con manojos de varas y por último degollados: Máximo, que era ayuda de cámara del prefecto, movido con la constancia de estos mártires, y confirmado con una vision angélica creyó en Jesucristo, y por esto le azotaron con plumadas hasta que entregó su alma al Criador. (*Véase su historia en este dia.*)

SAN PRÓCULO, obispo y mártir, en Terni.

SANTA DOMNINA, virgen y mártir, tambien en Terni, la cual fué coronada del martirio con otras virgenes compañeras suyas.

SANTA TOMAIDES, mártir, en Alejandria.

SAN ANDALION, comediante, en el mismo dia, el cual estando en el teatro haciendo escarnio de los sagrados misterios y ceremonias de los cristianos, se convirtió repentinamente á Dios, confirmando su conversion no solo de palabra, sino tambien con su propia sangre.

SAN LAMBERTO, obispo y confesor, en León de Francia.

SAN FRONTON, abad, en Alejandria, cuya vida fué gloriosa en santidad y milagros.

SAN ABUNDIO, sacristan de la iglesia de S. Pedro, en Roma.